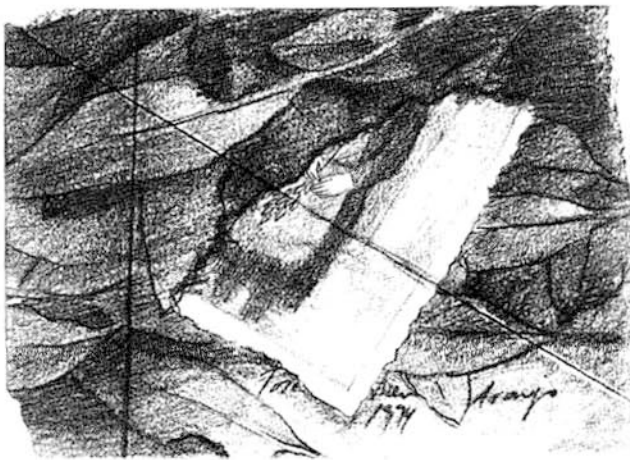


descampado cerca de la Playa de los Lances y que hoy ocupa los edificios de BUP y FP. La choza tenía forma cónica, como las tiendas de los campamentos indios, con la diferencia que en lugar de pieles como utilizaban aquéllos, los materiales empleados por éstos eran de lo más heterogéneo: desde tablas procedentes del desguace de barcos pesqueros hasta hojas secas de palmera, además de toda clase de cartones, chapas de latón, trozos de uralita y de cuanto pudiera servir para darle consistencia. Esto hacía suponer que su ya de por sí precaria situación económica había empeorado. La venta del laurel bajó cuando comenzaron los años del incipiente desarrollo que permitieron a las familias emplear otras sustancias en sus guisos y se liberalizó la compra de aceite a las fábricas, con el consiguiente abandono de la elaboración en escabeche por su menor rentabilidad. De modo que, deduzco, los ingresos de la pareja se verían tan mermados que no les permitirían poder pagar el alquiler de una vivienda, y por tal razón se construirían la choza.



A pesar de todo ella seguía igual de limpia, con el mismo empaque y vendiendo lo mismo: laurel por las casas. Y aunque no tenía fama de simpática, quizá por su seriedad y por no reírle gracias a nadie, las vecinas de los patios le compraban alguna vez que otra, más como obra de caridad que por necesidad, como quien da una limosna. Y así fue transcurriendo su vida durante cierto tiempo. Hasta que un mal día ocurrió lo irreparable: En un anochecer de invierno salió ardiendo la choza. Ellos no se encontraban dentro; cuando llegaron, las llamas se habían apoderado por completo del pobre albergue. Yo fui testigo casual de aquel incendio y de la reacción de la pareja ante el desgraciado suceso. El hombre, ya muy envejecido y deteriorado, lloriqueante y tem-

bloroso, balbuceaba palabras incoherentes yendo de un lado para otro sin saber qué hacer. María, imperturbable, quieta, erguida, con los brazos cruzados sobre el pecho, seria y serena como siempre, iluminada por el resplandor del fuego, parecía un personaje de tragedia griega. La luz reflejada en sus ojos claros aumentaban su frialdad, dándole a la expresión de la mirada como una mezcla de estoicismo y de grandeza. Allí permaneció, en la misma postura y con la misma actitud, hasta que se apagaron las llamas y unos vecinos echaron sobre los rescoldos unos cubos de agua. Después, unos guardias municipales que presenciaron y vigilaron el fuego se hicieron cargo de María y su hombre conduciéndolos al asilo de ancianos. Y allí quedaron y allí acabaron.

Por entonces, los sábados por la mañana los asilados más indigentes recorrían los comercios, las fábricas, las barberías, los bares, las tabernas y demás establecimientos, donde recibían como limosna unas monedas. Así, durante un tiempo, seguí viendo a la pareja por nuestras calles. El primero en morir fue el hombre; y digo morir sin poder asegurarlo, sino llevado por la intuición cuando vi a María en su recorrido de los sábados sola y enlutada. Algunos (muy pocos) años después, al notar la falta de María, pregunté a uno de los asilados y me dio la noticia de su muerte.

De los fallecimientos de estas personas no se entera casi nadie. Carecen de familia, no aparecen sus nombres en las esquelas mortuorias del periódico comarcal ni se anuncia el hecho por la emisora del pueblo. Son desoladores esos entierros sin dolientes ni acompañamiento, sin coronas de flores, sin funeral con la iglesia repleta en la que el cura resalte en su oratoria las virtudes del muerto. No tendrán lápida de mármol sobre la tumba o sobre el nicho porque el destino de sus restos es la fosa común; no quedarán recuerdos porque no se repartirán recordatorias. De su presencia en el mundo sólo permanecerá lo que alguien guarde en el archivo de la memoria. Por eso escribo este relato; para rescatar del olvido a una mujer que pasó por la vida con más pena que gloria, que sobrellevó su pobreza con dignidad, de la que no sé nada de su origen, pero de la que emanaba como un aura de nobleza natural que no la da ni la alta cuna ni el dinero.

Si me hubiese enterado a tiempo de la muerte de María habría ido a su entierro; incluso le hubiera encargado una corona. De laurel, por supuesto.